

. . . . .  
 ¡Murió Elcano!... su nombre  
 murmura el mar plañidero,  
 y el llanto del marinero  
 canta su gloria también;  
 el mar con himno sonoro  
 tus funerales entona,  
 y su espuma es la corona  
 que ciñe tu yerta sien....

    Cuando pasó la tormenta,  
 y con la luz vino el día,  
 sobre un mástil se veía  
 una bandera flotar;

era bandera de luto  
 que al recordar tu memoria,  
 fué el emblema de una historia  
 que en sus ondas guarda el mar.

    Cuando se agita y se mueve  
 alzando ligera bruma  
 y coronadas de espuma  
 sus rizadas ondas van;  
 allá... en la pelada costa  
 al murmurar en Guetaría,  
 alzando triste plegaria  
 ¡Elcano! murmurarán.

O'BREIN.

---

## INAUGURACIÓN DEL COLEGIO DE PP, AGUSTINOS EN GUERNICA



DISCURSO LEIDO POR SU AUTOR D. CARMELO DE ECHEGARAY

Excmos. é Iltmos. Señores:

Señoras y Señores:

Con letras de oro se inscribirá en los anales del pueblo bascongado el fausto y memorable acontecimiento que, con júbilo extraordinario, celebra hoy la villa de Guernica. Porque al fundar un Colegio de primera y segunda enseñanza en esta tierra de nuestros recuerdos, de nuestros amores y de nuestras esperanzas, en este suelo bendecido por la sombra protectora del Roble inmortal que, por espacio de largos siglos, ha servido de dosel patriarcal y primitivo á las históricas é inolvidables Juntas de Bizcaya, la esclarecida Orden de San Agustín

viene á confirmar y sellar una vez más el pacto de estrecha alianza que de antiguo tiene establecido con el país euskaro, y de que es testimonio elocuentísimo la conducta por todo extremo loable y generosa que los hijos de esta Orden ilustre observaron en Bilbao, cuando los tumultos de la asonada popular conocida con el nombre de la *Machinada* estallaron en 1718 con tal furia, que no hubo quien, ejerciendo cargo de alguna importancia, pudiera considerarse á salvo de las embestidas irritadas de la muchedumbre, que, ciega por la pasión que le enardecía, y equivocando los caminos por donde había de obtener la reparación de los agravios de que se quejaba, parecía ansiosa de saciar en sangre su sed de venganza, hundiendo el arma homicida en el pecho de todos los magistrados populares. La muerte del caballero Diputado general D. Enrique Manuel de Arana, lejos de calmar aquella efervescencia, parece que la avivó, y las turbas desenfrenadas corrieron en pos de los que hasta entonces habían conseguido escaparse a sus iras. Algunos hubo que se guarecieron en el Convento de San Agustín, y allá llegaron sus perseguidores, y allá los hubieran hecho víctimas de su furor, á no ser por la intercesión piadosa de los religiosos habitantes de aquel lugar de recogimiento, los cuales, movidos por la caridad, que no sólo enciende en santos propósitos, sino que ilumina las obscuridades de nuestra mente, y sugiere medios ingeniosos de ayudar á nuestros hermanos, comenzaron á cantar el Oficio de Difuntos, y con la solemne gravedad de aquellos cánticos, impregnados de la augusta y misteriosa majestad de la muerte, y con la fuerza dulcemente irresistible de la mansedumbre evangélica, contuvieron en los umbrales del convento á la multitud amotinada, que volvió de allí persuadida de que habían bajado al sepulcro aquellos á quienes perseguía.

He querido, señores, recordar someramente la conducta observada por los Religiosos Agustinos en aquella ocasión memorable, porque ella es prenda y como anuncio de la obra de paz, de civilización y de caridad que van á emprender en Guernica. Obra de caridad he dicho, señores, y no me pesa de ello; porque una de las infinitas formas y manifestaciones de la caridad, es depositar en el entendimiento del niño el germen de conocimientos de que habrá de necesitar en el curso de sus días: es mover su corazón á la práctica del bien, procurando grabar en él con caracteres indelebles la noción sagrada del deber moral.

Educar es algo más que enseñar. La educación se dirige por igual al entendimiento y al corazón, y abarca al hombre tal cual es en la plenitud de su ser, sin mutilaciones peligrosas. Y los Religiosos Agustinos no solamente vienen á Guernica á enseñar: vienen á educar. Su palabra, como de la palabra de los Apóstoles, dice un filósofo racionalista de nuestro siglo, no sólo es lumbre que esclarece, sino semilla fecunda engendradora de hombres nuevos. Y esa semilla, caída en las tiernas almas de los jóvenes que se confían á su vigilante celo, producirá con el andar de los tiempos copiosos frutos de bendición que habrá de recoger la sociedad euskalduna. Porque no conviene olvidarlo: lo que sólidamente se aprende en la niñez, en la adolescencia y en la juventud, difícilmente se olvida nunca. Y si eso que se aprende en los primeros años de la vida, es la práctica del bien, entonces todavía es más difícil que el corazón humano se aparte totalmente de aquella senda, pues por muy espesas sombras que se interpongan entre nosotros y la luz de la verdad, y por muy densas nubes que traten de empañar ese espejo moral, que se llama conciencia, hay en el hombre una voz secreta que resuena en el fondo de su alma, en son de protesta cuando ejecuta cualquiera acción vituperable, como arrullo celestial y consolador aplauso cuando es la virtud la que le mueve y anima.

En esa obra de paz y de civilización, en esa obra santa—porque santo es todo lo que tiende á difundir y propagar el espíritu de Cristo—los Religiosos Agustinos contarán seguramente, no con el apoyo tibio, sino con el apoyo entusiasta y ardoroso de este noble pueblo, que no puede menos de encomiar el celo de quien, imponiéndose sacrificios tan costosos como los que siempre origina la consagración á la enseñanza, levanta en uno de los valles más rientes y pintorescos de Bizcaya, un nuevo centro de educación y de cultura, al cual ha de acudir ansiosa la juventud bascongada á nutrirse con el pan de la inteligencia, y prepararse para ser el día de mañana alegría de su familia y honor de su patria.

Ardua tarea es la de encarecer la importancia extraordinaria que, para quien sepa mirar á través de los tiempos, y no se contenta con vivir en el momento presente, encierran acontecimientos como el que hoy festejamos. El maestro perfecto no se limita á enseñar mecánicamente á su discípulo los puntos que son objeto de estudio: va mucho más allá, y se desvela por comunicarle algo de su propio espíritu, por

ligarse con él por corrientes de amor, que le conviertan como en padre adoptivo, y le pongan en condiciones de obtener más lisonjero éxito de la enseñanza que le dé. Y que así lo han de hacer los Agustinos en Guernica, no cabe ni ponerlo en duda: la historia de los Colegios de la Orden lo demuestra con evidencia que no deja lugar á discusión.

¡Bienvenidos sean, pues, á la histórica Guernica los esclarecidos hijos de San Agustín, que ostentan el hábito y la correa que vistió nuestro insigne paisano Fray Andrés de Urdaneta! Y cito, señores, este nombre inmortal, porque sería en mí imperdonable que lo pasara en silencio, tratándose como se trata de quien fué á la par ornamento de la Orden de San Agustín, y gloria inmarcesible de la familia bascongada, a la cual me honro de pertenecer. Y lo cito además, porque mejor que nunca en estos momentos en que una insurrección cobarde y traidora pretende arrebatarnos el Archipiélago filipino se ha de apreciar la previsión y sabiduría con que el gran Urdaneta supo conquistar para la Iglesia de Cristo aquellas apartadas regiones, a la vez que su amigo y paisano el ilustre Miguel López de Legazpi las conquistaba para España. No se ganó aquello por el terror que produce la espada vengadora: se ganó por el esfuerzo prodigioso, por la caridad sobrehumana del misionero abrasado por apostólico celo. Por eso, en vano se alzarán turbas innobles, pretendiendo arrancar a la Madre España aquel rico florón de su corona, aquellos preciados restos del que en otros tiempos fué nuestro inmenso imperio colonial: si lo que á hierro mata, á hierro muere, lo que con la Cruz de Cristo se conquista, no se pierde mientras el conquistador no se aparte de la Cruz, y España no puede perder, no perderá las Islas Filipinas mientras de ellas no arranque la sombra protectora de la Cruz, allí mejor que en parte alguna simbolizada por el fraile.

